

EDIFICACIÓN, por *Leonidas Leonov*.  
—Cenit. (Madrid).

Cuando el tiempo le dé la necesaria perspectiva, Leonov tomará las dimensiones de los más grandes escritores rusos. «*Edificación*, su última novela, es un inmenso canto al esfuerzo humano. Es la fábrica venciendo al yermo, la civilidad en lucha victoriosa con la barbarie. Con todo, el bosque vive en cada página y el inmenso poeta que es Leonov asoma vivificando la formidable novela proletaria. Un agrio viento campesino—como voz de la tierra—refresca este ditirambo a la industrialización post-revolucionaria de la Nueva Rusia. —*Alberto Guillén*.

## NOVELA

VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO, por *Joaquín Edwards Bello*

A la luz de su última novela (1), la obra de Joaquín Edwards Bello, se presenta como una preparación lenta y minuciosa. En efecto, Edwards Bello inició su carrera de novelista hace ya veinte años, con relatos en que volaban buenas intenciones y se advertían fuerzas poderosas, en medio de una maraña de titubeos y de embarazosos atisbos. Pasan años después durante los cuales el autor, cogido por el engranaje del periodismo, se trueca en ágil cronista, en elegante y ameno marginador de la vida. Sus escritos de ese tiempo no son otra cosa que

digresiones motivadas por la actualidad, observaciones rápidas, de gracia insigne a veces, ricas sugerencias que abren paso a profundas vistas sobre la psicología del pueblo chileno. Algunos viajes oportunos brindan al autor el cartabón con el cual debe medir a sus coterráneos. Se enamora entonces Joaquín Edwards de la vida española, a la cual vincula para siempre su nombre y su destino. En ella encuentra fuerzas con que defenderse de los asaltos del criollaje ensoberbecido de Chile, que le dirige mandoble tras mandoble, sin lograr empañar su mérito y menos aún entibiar sus entusiasmos. Así nace una obra que abre paso a la esperanza de los admiradores del autor en el restablecimiento de sus condiciones de novelista, *El chileno en Madrid*. Es esta una gran novela, que ha dado con justicia a Joaquín Edwards Bello un sitio de predilección entre los escritores de América española.

Pero para que naciera *Valparaíso, la ciudad del viento*, era preciso que el autor tuviera una cosa de que no había gozado hasta hace poco tiempo, a largos sorbos, con la plenitud que él quería. Necesitaba el autor, en efecto, dispensarse de la obligación diaria de la crónica, alejar un poquito la imaginación de lo más próximo, olvidar por momentos—siquiera por momentos—la urgencia de los problemas de cada día, de cada hora. Este feliz coyuntura se le presentó al autor, para confirmar el refrán tan socorrido, cuando fue expulsado de *La Nación*. Desde entonces hasta hoy ha pasado poco más de un año, y aun cuando el am-

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

biente público no ha sido el más propicio a la faena intelectual y sobre todo aunque el autor no puede dispensarse de contemplar con atención y diligencia la vida ambiente, ha podido sin embargo consagrarse de lleno a la redacción de una obra que nos parece definitiva. Tal es *Valparaíso, la ciudad del viento*.

No parece posible que el novelista americano pueda entregarse a una labor de pura imaginación y que al escribir sus relatos invente todo, absolutamente todo, lo que en ello encierra. Cada novela de este continente, por escaso que sea el coeficiente autobiográfico que en ella cabe, es una autobiografía. La de Joaquín Edwards, obediente a este destino, lo es también en parte. El autor revive en ella los años de su niñez y de su mocedad, transcurridos entre Valparaíso y Quillota. Los dos sitios marcan los puntos extremos entre los cuales oscila el péndulo de su existencia juvenil. La primera es la ciudad del ajetreo, del bullicio, de la emoción vital; en ella se lucha, se querella ardientemente; no hay descanso allí para el que quiere surgir o simplemente conservar la situación en que ha nacido. La segunda, Quillota, es un retazo de trópico, el último residuo de una temperatura y de un *entourage* vital ya desaparecido para el resto de Chile:

Quillota, a un paso de Santiago y Valparaíso, no tiene parecido con estas ciudades y se diría que es un pedazo de trópico salvado de remoto cataclismo. Allá la corriente de Humboldt se siente menos que en otras partes. Muchas veces he pensado que América ha de ser florida, calurosa, frutecida, con gentes

tostadas como Cuba o Brasil. En Quillota se experimenta esto, se siente América: quedan arriba de la tierra palmeras y debajo osamentas de enormes paquidermos que testimonian una poderosa intensidad solar. (Pág. 10).

Dos figuras amables acompañan al narrador a lo largo de sus recuerdos: el abuelo, un enamorado platónico de la ciencia, a quien sus relaciones naturalmente aislan por *chiflado*, y Perpetua, el ama de cría, la mujer tierna, vigorosa y buena que ha formado al muchacho y que cuando éste es ya grande sigue dispensándole protección y cariño como en la niñez. Si el primero representa la parte europea del autor, en lo que ella tiene de amor al orden, a la disciplina, a la ciencia, aplicada o pura, pero a la ciencia en fin, la segunda muestra su raigambre con la tierra nativa. Perpetua es una figura de barro cocido, una loza de Talagante, un huerto perfumado de Quillota, la siempreviva hosca y grisácea del campo nuestro. No llama la atención como belleza; su cuerpo no tiene la gracia griega ni la finura parisiense; sus maneras no poseen la exquisitez de lo cortesano. Pero hay en ella una bondad peregrina, que nada basta para limitar o poder, que siempre está pronta para dispararse en apoyo del desvalido y del ser que la necesita o la merece. Sobre todo del que la merece: Perpetua tiene un sexto sentido muy aguzado, muy fino, que le permite distinguir entre los hombres, de cualquier condición que ellos sean, al digno del indigno. Al primero le prodiga su cuidado, su cortesía al-

tanera, su sonrisa y su halago; al segundo lo confunde con su soberbia y su intransigencia.

Entre las figuras desapacibles que pasan por la novela de Edwards Bello la más destacada es la señora Florencia, cuya hija Florita llaga de amor el corazón veinteañero del narrador. La primera goza de la más cordial antipatía de Perpetua; la segunda está como vacilante entre el odio que le contagia su madre y el amor que le comunica la pasión del joven a quien Perpetua idolatra. Florita es el arquetipo de la niña chilena, que el autor ha estudiado largamente y ha fijado con rasgos inconfundibles. Hermosa hasta la exageración, descubre muy temprano su hermosura y desde ese mismo momento se transforma en una fiera disimulada, que esconde apetitos y tendencias irresistibles bajo la máscara de la educación y del buen tono. Fría, calculadora, no vacila en someterse a un matrimonio de conveniencias; sensual, egoísta, encontrará un amante en cuanto se le presente la ocasión; atrevida, dejará plantado al hombre joven y vigoroso que soñaba con ella y que por ella habría sido Alejandro, César, Napoleón; sumisa se mostrará cuando la vida la haya saciado de desengaños y necesite implorar la compasión del hombre a quien despreció; abnegada y solícita, si es necesario, con cualquier sacrificio tardío descubrirá la fibra de bondad que durante años ocultó a sabiendas de que hacía mal y de que su sacrificio era estéril.

Si Perpetua es la mujer primitiva, en quien los impulsos nobles se

muestran hasta en las actitudes, que nada oculta porque a nadie le teme. Florita es la mujer en quien la civilización ha hecho mella. Esta última hará una segunda naturaleza del disimulo, en parte porque lo necesita para vivir en conformidad a su situación, en parte porque lo ha bebido en la leche materna. La primera prueba que vive de impulsos y de corazonadas entregándose al hombre a quien ama, no por mala, no por vicio, mucho menos por interés; simplemente porque lo ama y para ella, como mujer, el amor no está completo sin un niño que mecer en los brazos, a quien amamantar y por quien sacrificarse. La segunda renuncia al amor de la juventud, al idilio de la adolescencia, a la tierna y engañosa quimera del primer amor, y se casa fríamente, a conciencia de que hace mal, con el hombre que robustecerá la posición económica de su familia y le dará placeres y lujos de alto bordo.

El narrador cuenta en esta novela, además, sus aventuras de mozo: sus estudios en el Liceo de Valparaíso, sus primeros paseos, sus picardías de muchacho de buena familia. Con este motivo da a conocer una pequeña, pero valiosa colección de seres curiosos, que tienen todo el valor de lo pintoresco y de lo artístico, sin perder en momento alguno el carácter de retratos del natural. *El manos de ánima*, por ejemplo, es una figura muy chilena, que todos han conocido y a todos ha logrado engañar en cualquiera de los avatares de una novelesca existencia compartida por el brillo y la sombra, por



el agio y la cárcel. Otros, profesores del Liceo, desfilan con sus propios nombres, y el autor prende en torno a ellos un recuerdo emocionado y cariñoso.

La novela está completa en lo humano; en lo que toca al escenario, el que tiene es muy bello y hasta seductor. Los huertos de Quillota le brindan fragancia; Valparaíso le da ruidos de mar, acentos del extranjero, el fragor retumbante del viento que ulula; breves escenas de Santiago, un Santiago de hace treinta años, agregan otros elementos. El narrador rememora una existencia ya sumergida en la sombra. Por las calles mal empedradas de esos años ruedan los pesados coches de posta, los tranvías de sangre, los caballos ruines, los coches opulentos en que el charol y el raso brillan y deslumbran. En las noches las ciudades se envuelven en su capuz y duermen sosegadamente. No hay avisos luminosos, no hay radio, no hay carreras apresuradas de autos soberbios. La vida tiene un ritmo propio, que los hombres de nuestros años apenas recuerdan ya, que nuestros hijos no conocerán sino de referencias por sus padres y sus abuelos. Ese ambiente calmoso y polvoriento, sobre el cual el autor vierte la ceniza de su melancolía, es el que evoca éste con estilo magnífico en una y otra parte de su novela. Nacen así páginas espléndidas de remembranza y de nostalgia, y la novela se cruza de resplandores añejos, especie de fuegos fatuos de la vida corrida ya para siempre hacia la eternidad y el olvido.—*Raúl Silva Castro.*

UN LIBRO DE *Boris Laurenev.*

No hay lugar a dudas que ha sido después de la Guerra Europea cuando ha tomado auge en el mundo la novela autóctona. ¿Ha sido éste un fenómeno casual? ¿Ha pasado, quizás, el hecho, constatado desde buen tiempo, de una abundante y espontánea producción novelesca en este género? ¿Han influido, tal vez, el franco y vigoroso crecimiento de los países de América y la fresca incitadora de su presencia en la vida contemporánea? Todo lo apuntado ha valido seguramente al prestigio creciente que la novela étnica se tiene conquistado hoy día. Pero me parece, asimismo, innegable que la Guerra del 14, después de provocar a su término hondos desalientos y mucho abandono sobre toda la tierra viviente, ha generado en cada conciencia, fuere de donde fuere, la más preciosa de las inquietudes: la curiosidad interracial, el fenómeno de la compenetración mutua y de la mutua sensibilidad. Esta curiosidad que, ciertamente, es más fraternal que especulativa, ha tendido sobre las razas un lazo fuerte y tenaz como no lo han logrado Convenios ni Ligas. La Gran Guerra desencadenó, tras la amargura de sus resultados fallidos, la voluntad del mutuo entendimiento, de la intercomunicación, a despecho de la incomprensión de los gobiernos.

La novela racial, cuyo valor es casi absoluto en la definición de un pueblo, se nutre con elocuente seguridad en las fuentes congénitas—